

canto destruido

CARLOS PELLICER

¿En qué rayo de luz, amor ausente
tu ausencia se posó? Toda en mis ojos
brilla la desnudez de tu presencia.
Dúos de soledad dicen mis manos
llenas de ácidos fríos
y desgarrados horizontes.
Veo el otoño lleno de esperanzas
como una atardecida primavera
en que una sola estrella
vive el cielo ambulante de la tarde.
Te llamo, amor, y nada estoy diciendo
para llamarte. Siento
que me duelen los ojos de no llorar. Y veo
que tu ausencia me encuentra con el cielo encendido
y una alegría triste de no usarla
como esos días en que nada ocurre
y está toda la casa
inútilmente iluminada.

En la destruida alcoba de tu ausencia
pisoteados crepúsculos reviven
sus harapos, morados de recuerdos.
En el alojamiento de tu ausencia
todo lo ocupo yo, clavando clavos
en las cuatro paredes de la ausencia.
Y este mundo cerrado
que se abre al interior de un bosque antiguo
ve marchitarse el tiempo
despoblarse la luz y mira a todos lados
sin encontrar el punto de partida.

Aunque vengas mañana
en tu ausencia de hoy perdí algún reino.
Tu cuerpo es el país de las caricias,
en donde yo, viajero desolado
—todo el itinerario de mis besos—
paso el otoño para no morirme
sin conocer el valor de tu ausencia
como un diamante oculto en lo más triste.



Los hijos del hombre

RAMÓN MENDOZA MONTES

Prendidos al estambre de las venas,
húmedos en la seda de la sangre,
mueven sus manos, signan su presencia,
establecen su rostro nuestros hijos.

Hijos como semillas que en la tierra
irrumphen, poco a poco, la tiniebla
y buscan la ventana del asombro
hacia el claro de luz, hacia la ausente
catarata de entrañas —en derrame—
bordeando por incógnitos barrancos
tras el poro preciso del escape.

En el largo paisaje de allá dentro
bulle la caminata de mil ciegos
aferrados los unos a los otros
todavía sin recuerdos, todavía
como las hojas van dentro del árbol:
líquidas, huidizas, sin murmullos;
como va la futura estalactita
derramada, fluctuante, sin figura,
arrastrando su gota constructora
entre monte y raíces compungidas.

Nuestros hijos van siempre con nosotros,
bajo un joven perfume de naranjos,
a robar un calor de cabelleras
caídas en espaldas de pan blando.
Nos inquietan, nos urgen, nos dominan,
nos acercan al límite del labio
la parcela entusiasta de otros labios
de mujer que besamos y besamos...
y se entierran después, en las caricias
a crecer su silencio de murallas,
su vellón de ternera y la inefable
santidad rumorosa de su cárcel.

O quizás, nuestros hijos van creciendo
—adentro de la sangre— como crecen
los colores que tiñen alumbrando
las quebradizas plumas del canario.

Sin sentirlo nosotros, sin dolernos:
como crecen también, sin lastimarnos,
las retinas del ojo cuando entramos
de la tarde llovida a un negro cuarto.

(... Les prestamos un viento diminuto,
el mínimo contacto con el astro
y la esperanza de coger guijarros
cuando estallen ¡por fin! en nuestras manos...)

